

inteligibles, eran también elevadas y de una naturaleza superior. ¿No deberé sacrificar lo que he dicho en las páginas anteriores en obsequio de la generosa y muy lisonjera declaración del autor del *Retrato de Mr. de Saint-Martin ejecutado por el mismo?* No vacilaría un momento en borrar enteramente dichas páginas á lo que he dicho en ellas pudiera causar el menor perjuicio á la grave memoria de Mr. de Saint-Martin, ó al aprecio que la acompañará constantemente. Veo por lo demás con singular placer que mis recuerdos no me habían engañado. Mr. de Saint-Martin no se sintió afectado de las mismas sensaciones que yo en la comida de que he hablado; mas por lo que el mismo dice acerca de aquel suceso puede venirse en conocimiento de que yo no he inventado aquella escena y que la descripción que de ella hacemos es parecida en cuanto al fondo.

«En 27 enero de 1803, dice Mr. de Saint-Martin, «tuve una entrevista con Mr. de Chateaubriand en una comida dispuesta para el efecto, en casa de Mr. Neveu en la escuela politecnica. Mucho habria yo ganado en haberle conocido antes: Es aquel caballero el único literato de afables maneras que he conocido, por lo menos así me lo dió á entender en el breve momento que gocé de su conversacion; pues á poco rato de estar juntos vino una visita que le hizo guardar silencio. No sé cuando se me proporcionará ocasión de poder volverle á hablar, pues el rey de este mundo tiene buen cuidado de poner trabas á las ruedas de mi carretilla. Pero ¿de quién necesito yo no siendo de Dios?»

Vale Mr. de Saint-Martin mil veces mas que yo: la dignidad de esa última frase desvanece con la gravedad de su naturaleza el tono de mi inofensiva burla. También conocí en la quinta del *Marais* á Mr. de Saint-Lambert y Mad. de Houdetot representando el uno y la otra las opiniones y libertades de otros tiempos, conservadas con el mayor esmero: eran imagen del siglo XVIII casado á su modo. Basta tener firmeza en la vida para llegar á ver las ilegitimidades convertidas en legitimidades. Siéntese alto aprecio hacia la inmoralidad porque no ha dejado de existir y porque el tiempo la ha condecorado con sus arrugas. Dos virtuosos esposos, que no son esposos y que permanecen unidos por respetos humanos, es indudable que sufren algunas molestias por su venerable estado; fastidiáanse y se detestan cordialmente con todo el mal humor de la edad: es un efecto de la justicia divina.

Triste de aquel que vive muchos años!

Difícil es comprender algunas páginas del libro de las *Confesiones*, despues de haber visto el objeto de los arrebatos de Rousseau. Mad. de Houdetot conservaba las cartas que J. Jacobo le escribió y que en su concepto eran mas apasionadas que las de la *Nueva Heloisa*? Es de creer que las hubiese sacrificado á Mr. de Saint-Lambert.

Al cabo de ochenta años, aun solia exclamar Mad. de Houdetot
..... y el amor me consueta!
Sin él no habrá consuelo para mí.

Ninguna noche se acostaba Mad. de Houdetot sin dar tres golpes en el suelo con su chinela diciendo al ya difunto autor de las *Estaciones*: «Buenas noches, amigo mio.» Eh aquí á lo que en 1803 quedaba reducida la filosofía del siglo XVIII.

La sociedad de Mad. de Houdetot, de Diderot, de Saint-Lambert, de Rousseau, de Grimon y de Mad. d' Epinay me hicieron insuportable el valle de Montmorency, y aunque con relacion á los sucesos me alegro de haber tenido ocasion de ver una reliquia de los tiempos volterianos, me hallo muy distante de echar de menos aquellos tiempos. Ultimamente volví á ver en Sannois la casa en que vivió Mad. de Houdetot, que ya no es mas si así puede decirse que una

concha vacía, reducida únicamente á sus cuatro paredes. Siempre inspira interés un hogar abandonado pero que pueden decir unos hogares donde la imaginacion no recuerda haber visto sentada la hermosura, ni la madre de familia, ni la religion; y cuyas cenizas sino estuvieran dispersas, solo reproducirian la memoria de tiempos en que nada mas se hizo que destruir?

Paris 1838.

VIAJE AL MEDIODIA DE LA FRANCIA (1802).

Una reimpresion furtiva de *El Genio del cristianismo*, hecha en Aviñon, me condujo en el mes de octubre de 1802 al Mediodía de la Francia. No conocia yo mas que mi pobre Bretaña y la provincia del Norte, que atravesé al dejar mi país. Iba á ver el cielo de Florencia, ese cielo que debia proporcionarme un reflejo de Italia y de Grecia, hacia donde mi instinto y la inspiracion me arrastraban. Hallábame en una feliz disposicion; mi reputacion me hacia mi vida dichosa; hay una multitud de sueños en el primer éxtasis de la fama, y los ojos se llenan con placer con la luz que se levanta; pero que se estinga esta luz, y os dejará en la mas sombría oscuridad; si persiste, la costumbre de verla os hará insensible á su resplandor.

Lyon me causó un placer indecible. Volví á encontrar esas obras de los romanos que no habia visto desde el dia en que leia en el anfiteatro de Tréveris algunas páginas de *La Atala* sacadas de mi mochila. Sobre el Savin pasaban de un lado á otro barcos entoldados cada uno con su luz: conducianlos mujeres; una barquera de diez y ocho años, que me tomó á bordo, arreglaba á cada golpe de remo unas flores atadas á su sombrero. Por la mañana me despertaron las campanas. Los conventos de los alrededores parecian haber recobrado sus solitarios. El hijo de Mr. Ballange, propietario despues de Mr. Miguere de *El Genio del cristianismo*, era mi huésped: despues fue mi amigo. ¿Quién no conoce hoy al filósofo cristiano cuyos escritos brillan con esa dulce claridad, sobre la que se deleita uno en fijar sus miradas como sobre el rayo de luz de un astro querido?

El 27 de octubre el barco que me conducia á Aviñon se vió obligado á detenerse á causa de una tempestad. Creíame en el centro de la América; el Ródano me representaba mis caudalosos rios salvajes. Estaba alojado en una pequeña posada, á la misma orilla del agua: un conscripto se hallaba de pié en un rincón de la cocina; llevaba un saco á la espalda, é iba á reunirse al ejército de Italia. Yo escribia sobre el fuelle de la chimenea teniendo delante de mí á la posadera sentada y silenciosa, la que por consideracion al viajero amenazaba al perro y al gato para que no hiciesen ruido.

Ocupábame de un artículo que habia hecho bajando el Ródano, y relativo á la *Legislacion primitiva* de Mr. de Bonald; preveia yo entonces lo que sucedió despues:—«La literatura francesa, decia yo, va á cambiar de aspecto; con la revolucion van á nacer otros pensamientos, otro modo de mirar las cosas y los hombres. Fácil es de prever que los escritores se dividirán. Unos se esforzarán por salir de las antiguas sendas; otros procurarán seguir los modelos antiguos, pero presentándolos bajo un nuevo aspecto. Es bastante probable que estos últimos concluyan por alcanzar la victoria sobre sus adversarios, porque apoyándose en las grandes tradiciones y en los grandes hombres, tendrán guías mas seguros y documentos mas fecundos.»

Las líneas que terminan mi critica son de la historia; mi espíritu marchaba desde entonces con mi siglo:—«El autor de este artículo, proseguia, no puede negar á una imagen que le presenta la posicion

en que se halla. En el momento en que escribe estas líneas, se ve arrastrado por la corriente de uno de los mayores rios de Francia. Sobre dos montañas opuestas se elevan dos ruinosas torres; en lo alto de estas se ven suspendidas unas pequeñas campanas que los campesinos repican á nuestro tránsito. Este rio, estas montañas, estos sonidos, estos monumentos góticos entretienen un momento los ojos del espectador, pero nadie se detiene para llegarse adonde le invita la campana. Así, los hombres que hoy dia predicán la moral y la religion, dan inútilmente la señal desde lo alto de sus ruinas á los que el torrente del siglo arrastra; el viajero se asombra de la grandeza de las ruinas, de la suavidad de los sonidos que de ellas emanán, de la magestad de los recuerdos que se elevan de ellas, pero no interrumpe su camino, y á la primera revuelta del rio lo olvida todo.»

Habiendo llegado á Aviñon la vispera de Todos-Santos un niño que llevaba libros, me presentó algunos, y le compré tres ediciones distintas y falsificadas de una pequeña novela titulada *Atala*. Andando de librería en librería encontré al raptor, para quien yo era desconocido. Me vendió los cuatro tomos de *El Genio del cristianismo*, al precio razonable de nueve francos el ejemplar, y me hizo un gran elogio de la obra del autor. Habitaba una hermosa casa con patio y jardin. Creí haber hallado el pájaro en el nido: al cabo de veinte y cuatro horas me cansé de perseguir la fortuna, y me arreglé con el falsificador por casi nada.

Visitó á Mad. de Jauson, mujer de pequeña estatura, delgada, blanca, activa, la cual habitaba en su quinta, y al mismo tiempo luchaba con el Ródano, se batía á escopetazos con los habitantes de la ribera, y se defendia contra los años.

Aviñon me hizo pensar en mi compatriota. Du Guesclin valia tanto como Bonaparte, pues salvó la Francia de las garras de la conquista. Habiendo llegado cerca de la ciudad de los pontífices con los aventurereros que desde España venian en pos de su gloria militar; dijo al comisionado que el papa envió para que saliera á su encuentro: «No me lo ocultes hermano: ¿ese diñero que me ofreces, ha salido del tesoro del pontífice?»—Habiéndole contestado que no, y que procedia de un reparto hecho entre los vecinos de la ciudad, replicó el buen Beltran: «pues amigo, os aseguro que me conformo en no tener un cuarto en toda mi vida, pero quiero que esas monedas se devuelvan á los que las han dado, y advertid al papa que tenga buen cuidado de mandarlo hacer así; pues así yo llegara á saber que no se habia hecho, tendria un gran sentimiento y aunque estuviera al otro lado del mar trataria de volver cuanto antes por acá.» De manera que Beltran Du Guesclin fue pagado con dinero del papa, sus soldados aventurereros fueron absueltos, y la absolucion plenamente confirmada.

Antiguamente los viajeros trasalpinos empezaban por Aviñon, que era la puerta de Italia. Dicen los geógrafos: «El Ródano pertenece al rey; pero la ciudad de Aviñon está regada por un ramal del Sorgue, que pertenece al papa.» ¿Se halla el papa muy seguro de conservar por largo tiempo la propiedad del Tiber? En Aviñon se acostumbraba visitar el convento de los Celestinos. El buen rey Renato, que disminuía los impuestos cuando soplabá el viento ultramontano, pintó en un salon del convento de los Celestinos un esqueleto: era el de cierta mujer, de singular hermosura, á quien habia amado.

En el templo de los Franciscanos se hallaba el sepulcro de *Madona Laura*: Francisco I mandó abrirlo, y saludó aquellas cenizas inmortalizadas. El vencedor de Marignan dejó sobre la nueva tumba que mandó construir el siguiente epitafio:

«En un pequeño espacio podeis ver encerrado lo que por su fama ocupó tanto.»

«¡Oh, alma sublime! ¡A ti, que tan apreciada fuiste, ninguna alabanza te se puede tributar sino el silencio, porque las palabras son siempre estériles cuando el objeto sobrepuja á cuanto se puede decir...»

Por mas que se diga, *el padre de las letras*; el amigo de Benvenuto Cellini, de Leonardo de Vinci, del Primático; el rey á quien debemos la Diana, la hermana del Apolo de Belvedere, y la sacra familia de Rafael; el cantor de Laura; el admirador del Petrarca, ha recibido de las bellas artes agradecidas una vida que no tendrá fin.

Iba yo á Vaucluse á coger, junto á la fuente, los brazos perfumados y la primera aceituna que producía un jóven olivo:

Chiara fontana in quel medesimo bosco
Sorgea d'un sasso; ed acque fresche et dolci
Spargea soavemente mormorando:
Al bel seggio riposto, ombroso é fosco
Ne pastori appressavan, ne bifolci;
Ma ninf e muse a quel tenor cantando.

«Esa clara fuente en ese mismo bosquecillo sale de una roca; ella esparce frescas y dulces sus aguas, que suavemente murmuran. A ese hermoso lechó de reposo ni los pastores ni los ganados acuden; pero la Ninfa y la Musa van á él cantando.»

Petrarca ha contado cómo encontró aquel valle: «Buscaba yo, dice, un sitio oculto adonde poder retirarme como á un puerto, cuando encontré un pequeño valle cerrado, Vaucluse, muy solitario, de donde toma origen el Sorgue; sitio rey de todos los sitios, donde me establecí. Allí fue donde compuse mis poesías en idioma vulgar; versos en que he descrito las penas de mi juventud.»

También desde Vaucluse oia él, como se podia oír cuando yo pasé, el ruido de las armas que arrojaba la Italia:

Italia mia...

O diluvio raccolto
Di che deserti strani
Per inondar i nostri dolci campi!

¿Non e questo 'l terren ch'io toccai pria?
Non e questo 'l mio nido
Ove nudrito fui sì dolcemente?
¿Non e questo la patria in ch'io mi fido
Madre benigna e pia
Chi copre l'uno et l'altro mio parente?

«¡Italia mia!... ¡Oh diluvio reunido de los desiertos extranjeros para inundar nuestros deliciosos campos!... ¿No está allí el suelo que yo pisé primero? ¿No está allí el nido en que tan deliciosamente fui cobijado? ¿No es la patria de quien yo me confío, madre benigna y piadosa, la que guarda á todos mis parientes?»

Mas tarde el amante de Laura invita á Urbano V á transportarse á Roma: «¿Qué respondereis á San Pedro, exclama, cuando os digan: ¿qué hay en Roma? ¿En qué estado está mi templo, mi tumba, mi pueblo? ¿Nada respondeis? ¿De dónde venis? ¿Habeis habitado las orillas del Ródano? Allí nacisteis, decís; y yo ¿no habia nacido en Galilea?»

¡Siglo fecundo, jóven, sensible, que llena de admiracion; siglo que obedecia á la lira de un gran poeta, como á la ley de un legislador! A Petrarca es á quien debemos la vuelta del soberano pontífice al Vaticano: su voz fue la que hizo nacer á Rafael y salir de la tierra la cúpula de Miguel Angel.

De vuelta á Aviñon, busqué el palacio de los papas, y me señalaron el depósito de nieve; la revolucion se fijaba con preferencia en los lugares célebres; los recuerdos de lo pasado se han visto obligados á mudar de forma y á reverdecir sobre osamentas ¡Ay!

los gemidos de las víctimas mueren pronto tras ellas; apenas llegan á un eco que les hace sobrevivir un momento, cuando la voz que le conmueve se estingue. Pero mientras que el grito del dolor espiraba á orillas del Ródano, oíanse á lo lejos los sonidos del laud de Petrarca; una *canzone* solitaria, escapada de la tumba, continuaba armonizando á Vauluse con una melancolía inmortal, y otras veces con amorosas quejas.

Alain Chartier había venido de Beyeux para hacerse enterrar en Aviñon en la iglesia de San Antonio. Había escrito la *Belle dame sans mercy*, y el beso de Margarita de Escocia le hizo vivir.

Desde Aviñon partí á Marsella. ¿Qué le queda que desear á una ciudad á quien Ciceron dirige estas palabras, cuyo giro oratorio ha sido imitado por Bossuet? «No te olvidaré nunca, Marsella, cuya virtud es de un grado tan eminente, que la mayor parte de las naciones deben ceder ante tí, y que la Grecia misma no te se puede comparar.» (Pro L. Flacco.) Tácito, en la *Vida de Agricola*, alaba también á Marsella, que unía la cortesía griega á la economía de las provincias latinas. Hija de Hellenio, maestra de la Gaula, celebrada por Ciceron, tomada por César, ¿no es esto reunir bastante gloria? Me apresuré á subir á *Nuestra Señora de la Guardia* para admirar el mar que bordean con sus ruinas las costas risueñas de todos los países famosos de la antigüedad. La márgen no avanza; es el origen de la mitología, como el Océano, que se eleva dos veces al día, es el abismo al cual ha dicho Jehovah: «No irás mas allá.»

Este mismo año, 1838, he vuelto á subir á esa cima; he vuelto á ver ese mar, que es hoy para mí tan conocido, y á cuyo extremo se elevaron la cruz y la tumba victoriosas. El *mistral* (1) sopla; entré en el fuerte, edificado por Francisco I, donde no velaba mas que un veterano del ejército de Egipto, pero donde se encerraba un conscripto, destinado á Argel, y perdido bajo las bóvedas oscuras. El silencio reinaba en la capilla restaurada, en tanto que el viento silbaba por fuera. El cautivo de los marineros de la Bretaña, en *Nuestra Señora del Buen Socorro*, me se presentaba á la imaginación: ya sabéis cómo y cuándo os he citado esta súplica de mis primeros días en el Océano:

«Yo pongo, Virgen, mi confianza en tu socorro.»

¿Cuántos acontecimientos fueron menester para que yo llegase á los piés de la *Estrella de los mares*, á la que yo había estado consagrado en mi infancia! Cuando yo contemplaba esos *ex-voto*, esas pinturas de naufragios suspendidas á mi alrededor, creía leer la historia de mis días. Virgilio coloca bajo los pórticos de Cartago al héroe troyano, conmovido á la vista de un cuadro que representaba el incendio de Troya, y el genio del cantor de Hamlet se ha aprovechado del alma del cantor de Dido.

Al pié de esta roca cubierta en otro tiempo de una selva cantada por Lucano, no he reconocido á Marsella; en sus calles, tiradas á cordel, largas y anchas, no podía yo estraviarme. El puerto estaba cubierto de navíos; apenas había encontrado en él una *nave* hacia treinta años, conducida por un descendiente de Pytheas, para transportarme á Chipre como Joinville; á despecho del hombre, el tiempo rejuvenece las ciudades. Era mas querida para mí aquella vieja Marsella con los recuerdos de Berenguer, del duque de Anjou, del rey Renato, de Guisa y de Epernon, con los monumentos de Luis XIV y las virtudes de Belzunce; me agradaban las arrugas sobre su frente. Tal vez al deplorar los años que ella había perdido no hacía mas que llorar los que yo había encontrado. Marsella me recibió afablemente, es cierto; pero la

(1) Viento del N. O.

émula de Atenas se ha vuelto demasiado jóven para mí.

Si las memorias de Alfieri se hubieran publicado en 1802, no hubiera yo abandonado á Marsella sin visitar la roca de los baños del poeta: este hombre áspero llegó una vez al encanto de las ilusiones y de la expresión.

«Después de los espectáculos, dice, uno de mis entretenimientos era el de bañarme casi todas las tardes en el mar; había encontrado un sitio deliciosísimo sobre una lengua de tierra que se hallaba á la derecha y fuera del puerto, donde sentándome sobre la arena y con la espalda apoyada contra una roca que impedía que me pudiesen ver desde la tierra, no tenía delante de mí mas que el cielo y la mar. Entre estas dos inmensidades que embellecían los rayos de un sol poniente, pasaba entregado á dulces ilusiones horas deliciosas; y allí me hubiera hecho poeta si hubiera sabido escribir un idioma cualquiera.»

Volví por Languedoc y la Gascuña. En Nimes, los *Arenes* y la *Maison-Carrée* existían aun: en este año de 1838 las he visto en su exhumación. Fuí también á buscar á Juan Reboul. Desconfiaba yo de esos obreros poetas, que no son por lo regular ni poetas ni obreros: Mr. Reboul es una excepción. Le hallé en su tahona: me dirigí á él sin saber á quien hablaba, no distinguiéndole de sus compañeros de Ceres. Apuntó mi nombre y me dijo iba á ver si estaba en casa la persona por quien yo preguntaba. Volví al momento y se dió á conocer: me condujo á su almacén, anduvimos por un laberinto de sacos de harina, y gateamos por una especie de escalera hasta un estrecho recinto, como si fuera á la cámara alta de un molino de viento. Allí nos sentamos y hablamos un rato. Hallábase dichoso como en mi granero de Londres, y mas que en el sillón ministerial de París. Mr. Reboul sacó un manuscrito de una cómoda, y me leyó unos versos llenos de energía, de un poema sobre el *Ultimo día*. Le felicité por su amor á la religión y por su talento. Me acordaba en aquel momento de sus hermosas estrofas *A un desterrado*:

«Hay una cosa grande que se encierra en el mundo; es preciso ¡oh, jóven rey! que tu alma corresponda á ella. ¡Oh! ¡No en vano, calmando nuestro duelo, el cielo hizo revelar tu vida por medio de un moribundo; no en vano algun tiempo después la nación, seguida por sus hijos, te elevó á los ojos del universo, en sus brazos, sobre el borde de un ataúd!»

Me fue preciso por fin separarme de mi huésped, no sin desear al poeta los jardines de Horacio. Hubiera preferido que se inspirase á orillas de la cascada de Tibur, que verle recoger el trigo desmenuzado por la rueda bajo esta cascada. Verdad es que Sófocles era tal vez un herrero en Atenas, y que Plauto en Roma anunciaba á Reboul en Nimes.

Entre Nimes y Montpellier dejé á mi izquierda la ciudad de Aguas Mortas que visité en 1838. Todavía conserva todo el recinto de sus murallas y se parece á un buque de alto bordo encallado sobre la arena donde le dejó San Luis, el tiempo y el mar. El santo rey concedió á esta población sus fueros y estatutos. En uno de ellos se dice que el rey quiere: que su cárcel no sea para exterminar á los presos sino solo para tenerlos en seguridad; que en ninguna información se usen palabras injuriosas; que el adúltero no sea judicialmente perseguido sino en ciertos casos, y que el forzador de una virgen *volente vel nolente*, no pierda ni la vida, ni ninguno de sus miembros, *sed alio modo puniatur*.

En Montpellier volví á ver la mar, á quien de buenza gana hubiera escrito lo que el rey cristianismo á la confederación suiza, *mi fiel aliada y mi grande amiga*. Escaligero hubiera deseado hacer de Montpellier *el nido de su vejez*. Ha recibido su nombre de dos virgenes santas, *Mons puellarum*: de aquí la belleza de

sus mujeres. Montpellier, cayendo ante el cardenal de Richelieu, vió morir la constitución aristocrática de la Francia.

Durante el camino de Montpellier á Narbona, tuve un momento en que volví á mi natural, un ataque de ilusiones. Hubiera olvidado este ataque si no le hubiese consignado en un pequeño diario el día de mi crisis, la única nota que he encontrado de aquel tiempo para ayudar mi memoria. Por esta vez fue un terreno árido, cubierto de digitales, lo que me hizo olvidar el resto del mundo; mi vista se deslizaba en aquel mar de tallos purpúreos, y solo era detenida á lo lejos por la azulada cordillera de Cantal. En la naturaleza, exceptuando el cielo, el Océano y el sol, no son por lo regular las grandes cosas las que me ilusionan mas: estas me producen únicamente una sensación de grandeza que pone mi pequeñez abismada y no consolada á los piés de Dios. Pero una flor cogida al acaso, una corriente de agua que se desliza por entre juncos, un pájaro que va volando y que se detiene delante de mí, me llevan insensiblemente á toda clase de ilusiones. ¿No vale mas enternecerse sin saber por qué, que buscar en la vida sensaciones embotadas y entibiadas por su repetición y por su número? Hoy todo se ha gastado, sin exceptuar el dolor.

En Narbona vió el canal de los Dos-Mares. Corneille, preconizando esta obra, acumula su grandeza á la de Luis XIV:

«El Garona y el Tarn, en sus grutas profundas, suspiran há muchos años por reunir sus aguas, haciendo correr por sus inclinadas corrientes los tesoros de la aurora á las riberas del Poniente. Pero la naturaleza, sujeta á leyes eternas, ha opuesto á sus benéficos deseos como obstáculos invencibles una cadena de montes y rocas. Francia, tu rey habla, y las rocas desaparecen; la tierra abre su seno y los montes se humillan. Todo cede, etc.»

En Tolosa contemplé desde el puente del Garona la estensa línea de los Pirineos; debía atravesarla cuatro años después: los horizontes se suceden lo mismo que nuestros días.

Me propusieron si quería ver el cuerpo momificado de la bella Paula, que se conserva en una bóveda: ¡felicidades los que creen sin ver! Montmorency había sido decapitado en el patio de la casa de ayuntamiento: esta cabeza cortada era demasiado importante, puesto que aun se habla de ella después que tantas otras han sido cortadas posteriormente. No sé si en la historia de los procesos criminales existe un testimonio que haya hecho conocer mejor la identidad de un hombre: «El fuego y el humo de que estaba cubierto, dice Guitaut, me impidieron reconocerle al pronto; pero viéndolo á un hombre que después de haber roto seis de nuestras filas destrozaba aun los soldados de la séptima, juzgué que no podía ser otro que Montmorency; y me aseguré de ello cuando le vi tendido sobre su caballo muerto.»

La iglesia abandonada de Saint-Servin me admiró por su arquitectura. Este templo es un monumento de la historia de los Albigenses, que hace resucitar el poema, tan bien traducido por Mr. Fauriel:

«El valiente jóven Condé, la luz y el heredero de su padre, la cruz y el acero, entran juntos por una de las puertas. No quedó dentro de las casas una sola jóven. Los habitantes de la ciudad, grandes y pequeños, miraban todos al conde como á una flor del rosal.»

De la época de Simon de Monfort data la pérdida de la lengua de Oc: «Simon, viéndose señor de tantas tierras, las repartió entre los caballeros, franceses y estraños, *atque loci leges dedimus*,» dicen los ocho obispos y arzobispos signatarios.

Hubiera deseado haber tenido tiempo para tomar noticias en Tolosa de una de las personas que mas he admirado; de Cujas, escritor tendido á pierna suelta

y rodeado de sus libros. No sé si se ha conservado el recuerdo de Susana, su hija, casada dos veces. La constancia no era seguramente su prenda mas apreciada, y hacia de ella muy poco caso; y ello es que alimentó á uno de sus maridos con las infidelidades de que murió el otro. Cujas fue protegido por la hija de Francisco I, Pibrac por la hija de Enrique II, dos Margaritas de la sangre de los Valois, favoritas de las musas. Pibrac es célebre por sus cuartetos, traducidas en persa. (Hallábame yo tal vez alojado en la casa del presidente, su padre.) «Este buen Mr. de Pibrac, dice Montaigne, tenía un talento tan agudo, sus ideas eran tan sanas, sus costumbres tan pacíficas, su alma estaba en tal desproporción con nuestra corrupción y nuestros disturbios!» Y Pibrac hizo la apología de la Saint-Barthelemy!

Corría sin poderme detener; la suerte me remitía á 1838 para admirar en detalles la ciudad de Raimundo de Saint-Gilles, y para hablar de los nuevos conocimientos que he hecho; Mr. de Lavergne, hombre de talento, de genio y de raciocinio; Mlle. Honorina Gasc, la Malibran futura. Esta, en mi nueva calidad de servidor de Isaura, me recordaba los versos que Chapelle y Bachaumont escribían en la isla de Ambijoux, cerca de Tolosa:

«¡Oh, cuán feliz sería el que en este delicioso sitio, amado constantemente de Silva, pudiese, siempre enamorado, pasar su vida con ella!»

¡Ojalá que Mlle. Honorina pueda siempre estar en guardia contra su bella voz! Los talentos son el oro de Tolosa; siempre atraen la desgracia.

Burdeos hallábase apenas desembarazado de sus cadalsos y de sus cobardes girondinos. Todas las ciudades que veía parecían mujeres hermosas convalecientes de una violenta enfermedad y que empezaban á respirar. En Burdeos había Luis XIV en otro tiempo hecho derribar el palacio de las *Tutelles* con el objeto de edificar el Chateau-Trompette; Spon y los amigos de la antigüedad tuvieron un sentimiento:

«¿Por qué se han de demoler esas columnas de los dioses, obra de los Césares, monumento tutelar?»

Apenas se veían algunos restos de las *Arenes*. Si se consagrara un sentimiento á cada cosa que perece, sería preciso sentir mas de lo que se puede.

Me embarqué para Blaye. Vi el castillo, entonces ignorado, al cual en 1833 dirigí estas palabras:— «¡Cautivo de Blaye! ¡Yo siento no poder hacer nada en vuestros destinos presentes!» Me dirigí á Rochefort, y fui á Nantes por la Vandée.

Este país mostraba como un antiguo guerrero las cicatrices de su valor. Huesos ennegrecidos por el tiempo y ruinas ennegrecidas por las llamas se presentaban á la vista admirada. Cuando los vandeanos se hallaban próximos á atacar al enemigo, se arrodillaban y recibían la bendición de un sacerdote: la oración pronunciada sobre las armas no era reputada como una debilidad, porque el vandeano que elevaba su espada hacia el cielo pedía la victoria y no la vida.

La diligencia en que iba hallábase atestada de viajeros que contaban las violencias y los asesinatos con que habían glorificado su vida en la guerra vandeana. El corazón me latía con violencia, cuando habiendo atravesado el Loira, en Nantes, entré en Bretaña. Pasé á lo largo de aquellas paredes del colegio de Rennes, que vieron los últimos años de mi infancia. No pude permanecer mas que veinte y cuatro horas al lado de mi esposa y de mis hermanas, y volví á París.

Paris 1838.

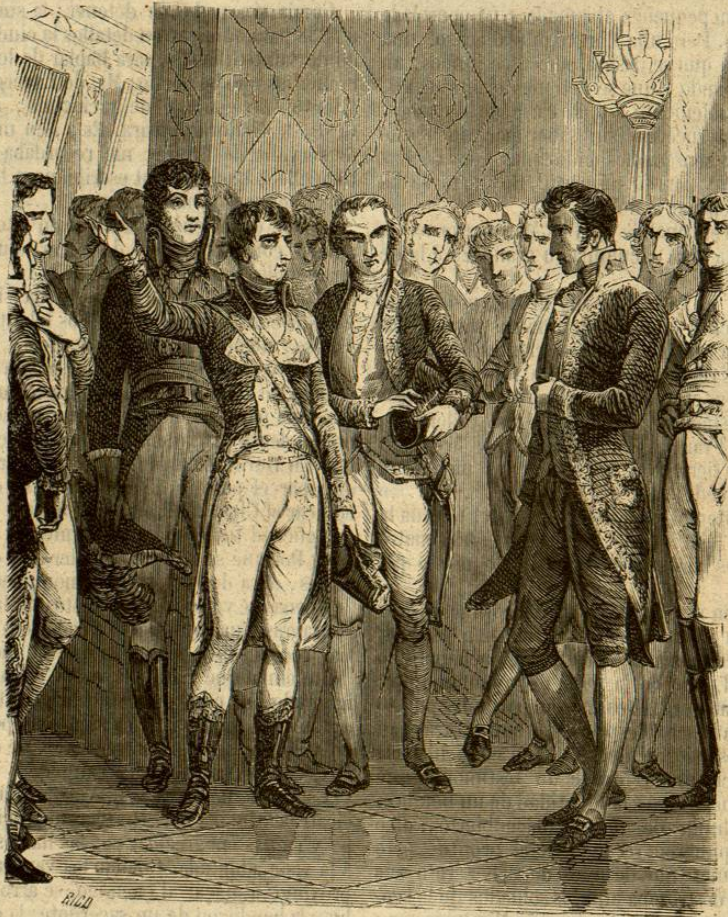
AÑOS DE MI VIDA 1802 Y 1803.—MR. DE LAHARPE.—SU MUERTE. Llegué á tiempo para ver morir á un hombre que

pertenecía á esos nombres superiores del segundo orden en el siglo XVIII, y que, formando una vanguardia sólida en la sociedad, daban á esta estension y consistencia.

Habia conocido yo á Mr. de Laharpe en 1789; como Flins, habíase apasionado en extremo de mi hermana, la condesa de Tarcy. Iba á verme con tres abultados volúmenes de sus obras bajo sus pequeños brazos, asombrado de que su gloria no triunfase de los mas rebeldes corazones... Hablando alto, con la fisonomía animada, se desataba contra los abusos, mandando hacerse una tortilla en casa de los ministros, cuya

mesa solo le agradaba comiendo con los dedos, metiendo en los platos sus mangas, diciendo groserías filosóficas á los mas altos funcionarios, que se reían de sus insolencias; pero en resumen, era un talento imparcial, claro, justo, aun en medio de sus pasiones, capaz de apreciar el talento, de admirarlo, de llorar con hermosos versos ó por una buena accion, y teniendo uno de esos caracteres propios para arrepentirse. Su fin no desdijo de su vida: le ví morir con un valor cristiano, no habiendo conservado orgullo sino con la impiedad ni odio sino al lenguaje revolucionario.

A mi vuelta de la emigracion, la religion habia he-



ENTREVISTA DE CHATEAUBRIAND Y EL PRIMER CÓNsul.

cho de Mr. de Laharpe un admirador de mis obras: la enfermedad de que se hallaba atacado no le impedía trabajar; recitábame trozos de un poema que estaba componiendo sobre la revolucion: notábanse en él algunos versos enérgicos contra los crímenes de la época y contra las honradas gentes que los habían tolerado.

«Si ellos se han atrevido á todo, es porque todo se lo habeis permitido. ¡Cuanto mas vil es el opresor, mas infame es el esclavo!»

Olvidando que se hallaba enfermo, con un gorro blanco en la cabeza y una bata entretelada, declamaba con toda la fuerza de sus pulmones; despues, dejando caer de las manos el papel, decia con una voz que

apenas se le entendia: — «No puedo mas; siento que se me arrancan las entrañas.» Y si desgraciadamente entraba ó pasaba por su lado alguna criada, volvía á tomar en el momento su voz de estentor, gritando: — ¡Marchaos! ¡Marchaos! ¡Cerrad la puerta!» Diciéndole yo un dia: — «Vivireis para servir á la religion» me contestó: — «¡Ah, seguramente que si! Yo seria muy bueno para Dios; pero no quiere que así sea, y moriré uno de estos dias.» Y volviendo á caer sobre su sillón, y metiéndose el gorro hasta las orejas, espíaba su orgullo con su resignacion y su humildad.

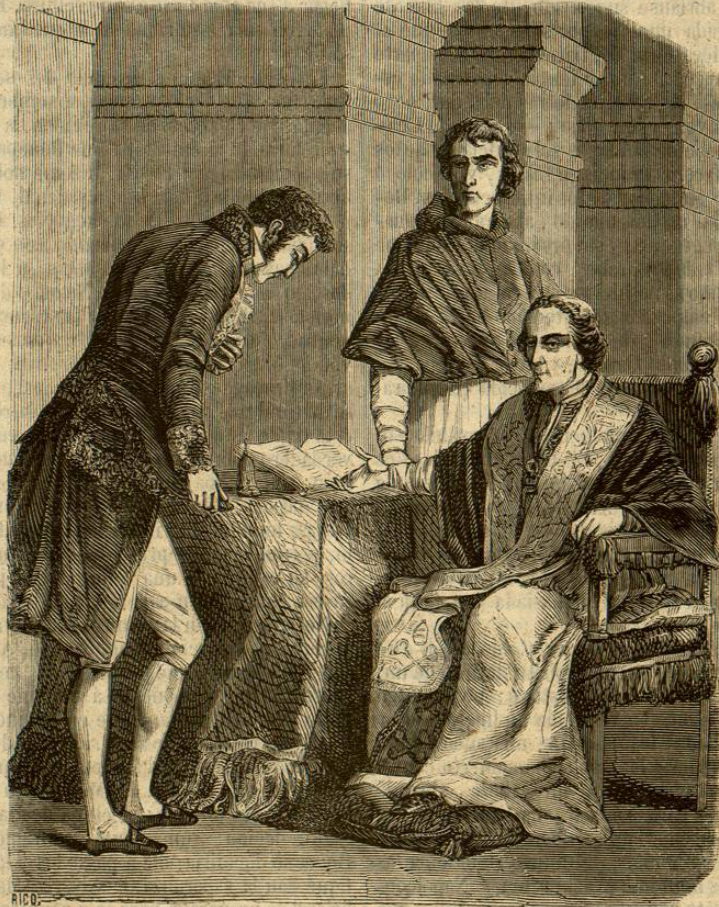
En una comida en casa de Mignaret le habia oido hablar de sí mismo con la mayor modestia, diciendo que nada habia hecho que fuese de gran valor, pero

que creia que el arte y la lengua no habian degenerado entre sus manos.

Mr. de Laharpe dejó este mundo el 11 de febrero de 1803; el autor de *Las Estaciones* moria casi al mismo tiempo en medio de todos los consuelos de la filosofia como Mr. de Laharpe entre los de la religion; el uno visitado por los hombres, y el otro por Dios.

Mr. de Laharpe fue enterrado el 12 de febrero de 1803 en el cementerio de la barrera de Vaugirard. Colocado el ataúd al borde de la fosa, sobre el pequeño monton de tierra que le debia cubrir; Mr. de

Fontanes pronunció un discurso. La escena era lúgubre: torbellinos de nieve caian del cielo y blanqueaban el paño fúnebre que el viento levantaba para dar paso á las últimas palabras de la amistad hasta los oídos de la muerte. El cementerio ha sido destruído, y Mr. de Laharpe exhumado; apenas se veian algunas pocas de sus pacíficas cenizas. Casado durante el directorio, Mr. de Laharpe no habia sido muy dichoso con su linda esposa. Le tomó esta horror desde el momento que le vió, y no le concedió jamás ninguno de los derechos adquiridos.



PIO VII RECIBIENDO AL AUTOR DEL GENIO DEL CRISTIANISMO.

Por lo demás, Mr. de Laharpe habia, como todo lo demás, disminuído al lado de la revolucion, que se engrandecia cada vez mas: las reputaciones procuraban retirarse ante el representante de esta revolucion asi como los peligros perdian ante él su poder.

Paris 1858.

AÑOS DE MI VIDA 1802 Y 1803.—ENTREVISTA CON BONAPARTE.

En tanto que nos hallábamos ocupados de vivir y morir en el olvido, la marcha gigantesca del mundo se perpetraba; el hombre del tiempo ocupaba su alto

puesto en la raza humana. En medio de los grandes trastornos precursores de la descomposicion universal, habia yo desembarcado en Calais, para concurrir á la accion general en la parte asignada á cada soldado. El primer año del siglo llegué al campo en que Bonaparte batía en retirada á los destinos, y pronto fue nombrado primer cónsul perpétuo.

Despues de la adopcion del concordato por el cuerpo legislativo en 1802, Luciano, ministro de lo interior, dió una fiesta en honor de su hermano á la que fui invitado, por haber reunido las fuerzas cristianas y llevádolas á la pelea. Hallábame en la galería cuando entró Napoleon: me sorprendió agradablemente; nunca le habia visto sino de lejos: su sonrisa era afa-